

Los cambios en el modo de vida (1880 - 1914)

JOSÉ PARADISO

“Es tan agitada la vida de ahora, se vive tan aprisa y son tan enervantes las emociones que los teatros y otros espectáculos colaterales y afines nos proporcionan en este incesante movimiento del siglo de la electricidad.”

LUCIO V. MANSILLA: *Mis Memorias*, 1904.

EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN

NACIDO EN BS. AIRES en 1937. Se graduó de licenciado en sociología en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Actualmente es auxiliar docente en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Dentro de la sociología se ha dedicado especialmente a estudiar la sociología del tiempo libre y sociología de los medios de comunicación de masas. Ha participado en numerosas investigaciones de campo, entre las que, por su importancia, corresponde citar la realizada con el profesor Luis Costa Pinto sobre el tema “Modernización y desarrollo económico” y la llevada a cabo bajo la dirección del prof. N. Rodríguez Bustamante sobre “El uso del tiempo libre en la ciudad de La Plata”. Tiene terminados dos trabajos: Tango y Sociedad y Deporte y Sociedad, y en preparación un tercero sobre Nacionalismo y cambio social, todos los cuales aparecerán próximamente.

SEGURAMENTE, los habitantes de la Argentina finisecular a quienes les había tocado ser testigos y protagonistas de los últimos años de su historia hallaban, a cada paso, sobrados motivos para reflexionar acerca de los acontecimientos que se sucedían ante sus ojos. Dos décadas atrás, la unificación política había clausurado el ciclo de los conflictos internos y a partir de entonces, puesto el país bajo la invocación del lema “paz y administración”, la afluencia de capitales e inmigrantes, la asimilación de las conquistas tecnológicas y el desarrollo de la red de transportes y del sistema de comunicaciones, habían hecho posible su integración en el mercado mundial como abastecedor de productos agropecuarios. Los cambios involucrados en este proceso alcanzaban a todas las esferas del quehacer social, pero no a todas con la misma magnitud e intensidad. En lo que hace a la estructura económica, por ejemplo, las mudanzas eran menos expresivas —más cuantitativas que cualitativas— que en el campo de las ideas, las formas instituciona-

les y los modos de vida. El aumento de volumen de la producción y la reorientación de las inversiones no altera sustancialmente el carácter de la economía argentina, cuya gama de actividades se mantiene prácticamente igual¹. En cambio, sí eran profundas y significativas —tanto cuantitativas como cualitativas— las modificaciones de los patrones de consumo y de comportamiento, de las instituciones y de las ideas, de los valores, de los usos y de las costumbres.

Estas circunstancias le otorgan, a las transformaciones registradas a partir del 80, más las características de la modernización que las del desarrollo², esto es, configuran un proceso en el cual los niveles estructurales de la economía y de la sociedad resultan menos afectados que los niveles culturales, actitudinales e institucionales.

El cambio en el modo de vida, en el trazado y contenido del quehacer cotidiano, era el resultado inmediato de la acción de una serie de factores concurrentes, entre los cuales pueden señalarse:

- 1) crecimiento económico;
- 2) expansión urbana;
- 3) desarrollo científico y tecnológico;
- 4) contactos de sectores locales (clase dirigente) con las sociedades más desarrolladas y modernas;
- 5) incorporación de grupos provenientes de medios sociales y culturalmente diferentes:
 - incorporación masiva de inmigrantes venidos de los países menos desarrollados de Europa;
 - incorporación de sectores provenientes de los países más avanzados (EE. UU., Inglaterra, Alemania).

¹ H. S. FERNS: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Solar - Hachette. Buenos Aires, 1966.

² La distinción entre modernización y desarrollo ha sido expuesta reiteradamente por el sociólogo brasileño Luis A. Costa Pinto. Entre los trabajos más difundidos de este autor figuran: *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*. Eudeba, Buenos Aires, 1963; *Estructura de clases y cambio social*. Paidós, Buenos Aires, 1964.

Los cambios en el modo de vida

BUENOS AIRES: EPICENTRO DE LA MODERNIZACIÓN

Mientras el crecimiento económico se confía sin especulaciones a la fertilidad pampeana, la ciudad-puerto se vuelve también ciudad-escaparate. Optimista y presuntuosa, con el empuje y la conciencia de una gran urbe, Buenos Aires, “fuente de donde mana el torrente de trigo y carne para Europa y boca de descarga de las mercaderías que ingresan desde el otro lado del Atlántico”³, parece complacerse exhibiendo, en descomunal desorden, todas las consecuencias de la modernización. En muy pocos años, la gran aldea del pasado reciente se convierte en tema de evocación. Las calles de piedra bruta se cubren de asfalto, el gas es reemplazado por la electricidad, el teatro y el circo ceden sus públicos al cine y a los espectáculos deportivos, el tango desplaza al vals, la polca y la mazurca, la construcción chata y homogénea deja su lugar a los edificios de pisos y a la mezcla de estilos; la ciudad toda, en fin, se cubre de ese aire sofisticado y rutilante, dinámico y bullicioso que hace de ella “señuelo para el inmigrante y farolero orgullo para el nativo”⁴.

Concentración vital de actividades comerciales, financieras y administrativas, la metrópoli lo será también de razas, costumbres y lenguas. El aporte ultramarino, la irrupción de ese caudal masivo de italianos, españoles, polacos, alemanes, hombres y mujeres acuciados por la esperanza de abrir perspectivas nuevas para sus destinos individuales, hace que su población aumente superando holgadamente todas las previsiones⁵ y la obliga a expandirse en todos los sentidos. Hacia el norte, el oeste y el sur, la frontera urbana avanza sobre un contorno hasta ayer descampado incorporándose algunos núcleos independientes —Barracas, Belgrano, Flores—, y trazando los límites de su franja suburbana. “El suburbio se poblaba —recuerda un testigo de tal crecimiento—. Las manzanas desiertas se llenaban de casas, los huecos desaparecieron, las quintas divididas y vendidas no tardaron en hacerse ciudad”⁶. Coincidiendo con esta expansión horizontal, la zona central, densa y multitudinaria, debe buscar una válvula de escape en el crecimiento vertical. En 1895 apenas existen unas

³ THOMAS F. MCGANN: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*. Eudeba, 1960.

⁴ A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI: *Mentalidades Argentinas*. Eudeba, 1965.

⁵ En 1887 se calculaba que 25 años después, la población de la ciudad de Buenos Aires se aproximaría a los 900.000 habitantes. M. A. PELLIZA: *Crónica abreviada de la ciudad de Bs. As.* Buenos Aires.

⁶ FRANCISCO SICARDI: *Horas de evolución. La República Argentina y su desenvolvimiento*. Buenos Aires, 1938.

mil casas de dos pisos —las más altas—; veinte años después, Buenos Aires cuenta ya con 1.636 edificios de tres a seis pisos.

POBLACION DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

1880	305.285
1887	433.000
1904	950.000
1909	1.231.000
1914	1.575.000

EVOLUCION DE LA EDIFICACION EN BUENOS AIRES

	<i>1904</i>	<i>1914</i>
Total de casas	82.540	131.742
Planta baja	72.092	105.570
Un piso	8.499	20.752
Dos pisos	961	3.737
Tres pisos	262	906
Cuatro pisos	60	368
Cinco pisos	40	224
Seis pisos	38	138

Casi todos los viajeros extranjeros que pasaron por Buenos Aires hacia fines del siglo XIX y principios del actual, la describen como la ciudad más emprendedora, próspera y rica de Sudamérica. William Curtis dice de ella que era el único lugar del continente donde la gente parecía estar siempre apurada⁷, y Georges Clemenceau la define como una gran ciudad europea que da por todas partes la sensación de un crecimiento prematuro⁸. Arquitectos italianos, franceses y alemanes la cubren de construcciones modernas sobre modelos tomados de todas las capitales del mundo⁹. Aquí y allá surgen palacios residenciales y edificios públicos, hoteles y paseos, teatros y bancos, sanatorios, hospitales, grandes tien-

⁷ WILLIAM E. CURTIS: *The capitals of Spanish América*. N. York, 1888. Citado por Thomas F. McGann.

⁸ GEORGES CLEMENCEAU: *Notas de viaje por la América del Sur*. Buenos Aires, 1911.

⁹ Ver: *La arquitectura en Buenos Aires*. Instituto de Arte Americano. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Buenos Aires, 1965.

Los cambios en el modo de vida

das. Cuando aún faltaba algo más de un lustro para doblar el siglo la capital porteña estrena su primera gran arteria, a cuyos lados se alinearán muy pronto todos los detalles de la sofisticación y del dinamismo urbano y de la que se dirá algunos años después: “La Avenida de Mayo, parece un boulevard parisiense. A uno y otro lado filas de árboles, cafés lujosos con mesitas en la vereda, almacenes espléndidos, cines, teatros y casas altísimas de mejor o peor gusto arquitectónico. Circulan por la gran vía millares de automóviles, coches, peatones y todo ello contribuye a darle semejanza con cualquier avenida central de Londres o París”¹⁰.

Ya en 1895, los habitantes de Buenos Aires se habían convencido de que sus calles resultaban “de una exigüidad increíble para dar abasto a la circulación y el tráfico cotidiano”¹¹; un tráfico que continúa creciendo sin pausa. En 1897 se inaugura el primer servicio de tranvías eléctricos y trece años después la ciudad cuenta con 11 compañías —ocho de tracción a sangre y tres a electricidad— que recorren más de cuatrocientos kilómetros y le imprimen ese ritmo “agitado y febril” que inspirara tantas reflexiones:

“Lo que antes duraba una hora y era duro —recuerda Lucio V. Mansilla—, ahora se hace en pocos minutos y es ameno. No hay más que tomar el «tramway», o el tranvía, como dicen en España. Si nuestros abuelos se alzarán de sus tumbas sagradas y vieran estos cambios inesperados como decoraciones teatrales, desde luego que empezarán por restregarse los ojos, por olfatear y parar la oreja; lo primero, para asegurarse de que no eran víctimas de una ilusión óptica; lo segundo, para percibir bien los efluvios; lo tercero, para que los tímpanos vibraran sin confusión de las ondas sonoras.

”Ahora, tarde de noche, todavía se estremecen las paredes; temprano, aun antes de rayar la aurora, los cornetines y las vibraciones comienzan, y con ellos la agitación febril de la metrópoli, que como todas las grandes ciudades populosas, tiene sus vistas propias, sus olores peculiares y sus rumores propios”¹².

El registro de los datos objetivos que originan tales conmociones en las personas, lo hallamos en el siguiente cuadro:

¹⁰ JAVIER BUENO: *Mi viaje a América*. París, 1913.

¹¹ Diario LA NACIÓN. Buenos Aires, 4 de abril de 1895.

¹² LUCIO V. MANSILLA: *Mis Memorias*. Buenos Aires, 1904.

MOVIMIENTO DE TRANVIAS
(Coches en servicio y pasajeros transportados)
1898 1912

Año	Coches en servicio	Pasajeros transportados
1898	841	105.964.631
1900	886	122.886.803
1902	927	126.231.759
1904	1.003	148.279.097
1906	1.170	200.700.247
1908	1.648	255.073.896
1912	2.055	360.600.000

FUENTE: A. R. CARTAVIO: *Geografía Comercial Argentina*. Buenos Aires, 1913.

En 1913, al inaugurarse la línea de subterráneos que une Plaza de Mayo con Once, se cierra una nueva etapa en el proceso de modernización del sistema de transportes; etapa que se había abierto con el tranvía eléctrico y en cuyo transcurso se produjera la espectacular aparición del automóvil¹³.

La comparación de las cifras correspondientes al tráfico urbano en 1900 y 1912 es, en este sentido, suficientemente ilustrativa:

TRAFICO URBANO Y VEHICULOS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
(Según las patentes expedidas para uso exclusivo en la Capital)

Clase de vehículo	1900	1912
Automóviles particulares	—	2.497
Automóviles de alquiler	—	1.030
Automóviles de transporte	—	102
Carruajes particulares	2.182	1.680
Carruajes de cochería	575	994
Carruajes de plaza	2.234	1.785
Carros	13.936	26.230

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

La sociedad urbana, desprovista de recelos e inhibiciones, se ofrece como un mercado receptivo y ávido para la técnica moderna, cuyos-apor-

¹³ Ya en 1892 se había importado un primer coche con propulsión a caldera, y en 1896 se introducen los primeros vehículos accionados con motor a explosión; pero es a lo largo de la primera década del nuevo siglo cuando se produce el verdadero "boom" del automóvil.

Los cambios en el modo de vida

tes acumulados transforman radicalmente las condiciones en que se desenvuelve la vida material de sus miembros: instalaciones sanitarias, gas, electricidad, aguas corrientes, telégrafo. Las innovaciones tecnológicas tardan escasísimo tiempo en ser incorporadas y asimiladas. En las postrimerías de 1880, cuando sólo habían transcurrido cuatro años desde el hallazgo de Alexander G. Bell, un representante de la Société du Pantéléphone de Locht, de capitales belgas, instala el primer servicio telefónico, entre cuyos beneficiarios figuran la Sociedad Rural y el célebremente aristocrático Club del Progreso; de ahí en más, la expansión de la red y la multiplicación de los abonados constituirá un indicador inmejorable del ritmo de la modernización:

EXPANSION DE LOS SERVICIOS TELEFONICOS ¹⁴

Año	Línea de abonados
1881	280
1885	2.115
1890	4.723
1895	5.510
1900	9.387
1905	15.417
1910	29.762
1915	46.498

FUENTE: NICOLÁS BARBARÁ: *Origen y evolución del teléfono en la República Argentina*. En: "Estadística Argentina". Año 1, N^o 1. Buenos Aires, 1929.

EL CAMBIO DE LAS COSTUMBRES

Las páginas de José A. Wilde constituyen un temprano testimonio de la transformación de los modos de vida que acompaña al crecimiento económico, la expansión urbana y la rápida asimilación de las innovaciones técnicas. Agudo observador de su contorno, el autor de "Buenos Aires desde setenta años atrás" descubre, como un rasgo característico de su época, la paulatina desaparición de lo que él denomina "las mejores costumbres locales"; el trato franco, la sencillez, la intimidad, la honradez, la frugalidad, son todos componentes de un tipo de comportamiento que

¹⁴ Los datos consignados corresponden sólo a la Compañía Unión Telefónica, la más importante de las que prestaban servicios durante el período considerado.

tiende a hacerse menos frecuente. “No pretendemos decir que estas recomendables disposiciones hayan desaparecido —señala— pero ciertamente han disminuido. Nos hemos vuelto más europeos, más dados a las presentaciones formales, a la etiqueta, a la reserva”¹⁵.

Algunos años después y reemplazando el tono nostálgico de Wilde por la preocupación y el reproche, J. Balestra retoma el tema: “Los hábitos francos y los jugosos gustos criollos —dice—, son desplazados por lo exótico y amanerado. Y como resaca de tamaño oleaje, la corrupción, las cortesías, la juglería de los jovencuelos, el descoco de los viejos y todas las extravagancias del vicio, ostentadas para escarnio de las viejas costumbres”¹⁶.

Tanto Wilde como Balestra registran las primeras manifestaciones de un cambio que con el tiempo se irá ahondando. Presentaciones formales, etiqueta, reserva, lo exótico y lo amanerado constituyen, en el lenguaje testimonial de la época, la formalización de pautas de relación social características de las modernas sociedades urbanas. La expansión física de la ciudad se complementa con la emergencia de una configuración cultural que le es propia. El aumento de la población y de las tasas de densidad hacen que cada vez sea mayor el número de personas que interactúan bajo condiciones que dificultan su vinculación como personalidades completas. Los contactos personales, francos y espontáneos, cálidos y permanentes, llenos de identificaciones mutuas y simpatías, pierden importancia ante las relaciones segmentadas, impersonales, superficiales, transitorias y utilitarias. El mundo de los amigos y conocidos tiende a ser desplazado por el de los desconocidos, físicamente próximos pero socialmente distantes y cada uno depende de más personas para satisfacer las necesidades inmediatas, pero depende menos de determinadas personas y la dependencia se circunscribe a esferas parciales y muy especializadas¹⁷.

La novela, el ensayo autobiográfico, las descripciones costumbristas, tomaron para sí la responsabilidad de dar cuenta de esta transformación de las relaciones sociales, de esa desaparición de las costumbres del pasado que algunos celebran, otros deploran y la mayoría se limita a vivir sin demasiadas especulaciones.

¹⁵ JOSÉ A. WILDE: *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Eudeba, Buenos Aires, 1960.

¹⁶ JUAN BALESTRA: *El Noventa*. Buenos Aires, 1935.

¹⁷ Sobre las características de la configuración social y cultural de los conglomerados urbanos puede verse: LOUIS WIRTH: *El urbanismo como modo de vida*. Ed. 3. Buenos Aires, 1962; KINGSLEY DAVIS: *La Sociedad Humana*. Eudeba. Buenos Aires, 1965. LEWIS MUMFORD: *La cultura de las ciudades*. Emecé, Buenos Aires.

Los cambios en el modo de vida

Junto a Wilde, a Balestra, a Mansilla y a tantos otros autores, se ubica la figura de Lucio V. López, en cuyas páginas es posible encontrar, entre mucho material de valor sociológico, una deliciosa y muy aguda descripción de las transformaciones registradas en el ámbito de las relaciones comerciales:

“Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekin lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda.

”Aquella era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto.”

“¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia. No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos, sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeúntes penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientes con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por ese caballero, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del cadete y le ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este perfecto prefacio de la galantería, entraban clientes y tenderos a tratar de la ardua cuestión de los negocios”¹⁸.

Los párrafos anteriores dan cuenta de una tendencia que rápidamente se va a generalizar haciendo, de la vida comercial de fines de siglo, algo muy diferente de lo que era pocas décadas atrás. En la gran ciudad, las actividades del comerciante se orientan menos hacia una categoría de “vecinos”, gente con las que frecuentemente mantiene un trato casi diario y no

¹⁸ LUCIO V. LÓPEZ: *La Gran Aldea*. Eudeba, Buenos Aires, 1960.

exclusivamente en función de su quehacer específico, que hacia un público anónimo y multitudinario constituido por compradores circunstanciales a los que la mayoría de las veces no volverá a ver y que necesita atraer por medio de procedimientos especiales. En estas circunstancias, el desarrollo de las técnicas publicitarias, la aparición del reclame y de la gran vidriera, no constituyen un problema de “fe comercial”; son todos mecanismos vinculados a un mismo proceso de despersonalización de las relaciones en un ámbito específico de la vida social, a la vez que símbolos de una transformación cuya importancia no escapa a ninguno de los cronistas de la época: “En la calle Florida —observa uno de éstos—, veredas llenas de gente, deslumbrantes vidrieras llenas de lujosas confecciones, casas de moda exhibiendo artículos de última moda. En la Avenida de Mayo, a un rumbo y a otro, en toda su extensión, interminables hileras de carteles groseramente coloreados, una explosión asombrosa de la fiebre del reclame; hojas azules, blancas, encarnadas, luciendo aquella la figura de una mano de chistera, frac rojo y guantes blancos, que aprieta entre sus dientes el cigarro, cuya bondad y baratura pregonan a gritos de muerte sus agentes o fabricantes”¹⁹.

LA VIVIENDA, LAS COMIDAS, EL VESTIDO

Todas las pautas sobre las que se organiza y regula el transcurrir de la vida cotidiana son alcanzadas por los cambios involucrados en el proceso de modernización: el lenguaje, la higiene y el cuidado de la salud, la vivienda, el vestido, la alimentación, el uso del tiempo libre.

La vivienda, el más importante de todos los símbolos de “status” en un medio que comienza a caracterizarse por las oportunidades de ascenso social que brinda a importantes núcleos de su población, se convierte, tanto en lo que hace a sus aspectos exteriores como al equipamiento interior, en la esfera en donde el contraste entre la sencillez y frugalidad de la sociedad tradicional y la entusiasta ostentación de la sociedad moderna, adquiere mayor densidad.

Todas las manifestaciones literarias del período abundan en descripciones, más o menos precisas, de los palacios que se levantan por docenas en las zonas residenciales de mayor prestigio²⁰, palacios cuya ampli-

¹⁹ MARCOS F. ARREDONDO: *Croquis bonaerenses*. Buenos Aires, 1896.

²⁰ Entre otras muchas, pueden recordarse las descripciones de las mansiones del Dr. Montifiori, el Dr. Glow y de la familia Esteven, contenidas, respectivamente, en las obras de L. V. LÓPEZ (*La Gran Aldea*), JULIÁN MARTEL (*La Bolsa*) y CARLOS MARÍA OCANTOS (*Quilito*).

Los cambios en el modo de vida

tud y lujo sobrepasa, frecuentemente, ya no las exigencias del "tout confort" francés, sino aún las posibilidades de habitabilidad de sus arrogantes propietarios²¹. En cuanto a sus interiores, basta recordar los comentarios de Balestra: "El interior doméstico, hasta entonces más decorado por el recuerdo de los antepasados y por la virtud y lo útil que por lo sensual, se vuelve ostentoso: cuadros, mármoles, bronce, tapices, decoran los salones. Todo lo que imita el refinamiento de los viejos pueblos es adquirido más por novelería que por comodidad y buen gusto"²².

Algo parecido ocurre con relación a la comida. Cuando Wilde puntualiza las costumbres alimenticias del Buenos Aires de antaño, se siente obligado a agregar un comentario a modo de explicación: "Quién sabe si dentro de algunos años —señala—, no llegará a ser una verdadera curiosidad, en vista del ascendiente, entre nosotros, de la comida extranjera"²³; y algún tiempo después es Mansilla el que vuelve sobre el tema dedicando algunas páginas de sus memorias a la prolija enumeración de "lo que se podía comer antes de la irrupción internacional"²⁴.

Como en otros campos, aquí coinciden, como factores del cambio, tanto la incorporación masiva de contingentes inmigratorios que introducen, cada uno, sus propios hábitos y fórmulas culinarias, como la disposición a adoptar todo lo nuevo de que hacían gala algunos sectores locales: "Los representantes de casas de afirmadas tradiciones —recuerda un testigo—, comenzaban a manifestar sus gustos y preferencias por todo lo que procediera de París. Y tanto, que de no pocas mesas quedaban ya excluidos el locro y la carbonada, el puchero y, entre otros platos de muy renovada aceptación porteña, los niños envueltos y las albóndigas con arroz. Por aquellos días conocí algunas familias ya despegadas por completo del mate con hojitas de cedrón"²⁵; claro que, frecuentemente, algunas de las costumbres particularmente arraigadas pero eliminadas de los nuevos códigos sociales, se cultivaban en la intimidad, lejos de las miradas de los extraños²⁶.

En lo que hace al universo de la moda, la particularidad de los "nuevos tiempos" se vincula menos al contenido de los cambios que al ritmo,

²¹ Georges Clemenceau, refiriéndose al palacio construido por el director de La Prensa, don Ezequiel Paz, dice: "necesita por lo menos la corte de Luis XIV, o la de Jerjes, para llenar su fastuoso domicilio". G. CLEMENCEAU: op. cit.

²² JUAN BALESTRA: op. cit.

²³ J. A. WILDE: op. cit.

²⁴ L. V. MANSILLA: op. cit.

²⁵ RICARDO M. LLANES: *El barrio de Flores*. Cuadernos de Buenos Aires. Buenos Aires, 1964.

²⁶ L. V. MANSILLA: op. cit.

frecuencia e intensidad de los mismos. “No diremos que en aquellos tiempos no variaban los trajes a impulso de la moda —apunta Wilde refiriéndose al período anterior al ochenta—, pero los cambios eran menos bruscos y más limitados. Las señorãs vestían a la española, aún no nos habían invadido las gorras y los sombreros ingleses ni las «altas novedades» de París, así es que, prescindiendo de una que otra aberración, el traje era sencillo a la vez que elegante”; y agrega más adelante: “Tal es hoy el furor, que aún no ha dado la modista la última puntada en la última novedad, cuando ya otra viene surcando los mares a dar ocupación a la máquina y a sus diligentes dedos”²⁷.

Lo cierto es que la prontitud con que se recogen las sugerencias, las normas, los modelos emanados de los centros universales, le proporcionan a importantes contingentes de la población urbana —trátense de hombres o de mujeres—, la oportunidad de mostrar ante los ojos de propios y extraños, el grado de buen gusto, refinamiento y elegancia que eran capaces de cultivar. “Buenos Aires —informa en 1900 un cronista de los más altos círculos porteños—, va siendo un segundo París en cuanto a moda y novedades. La Maison Laborde importa quincenalmente de París sus productos y fija una tarifa acomodada. Ha traído un nuevo Coiffeur de París y ahí está su casa, en la esquina de Lavalle y Florida, peinando a nuestra distinguida sociedad femenina, que se ondula *comme il faut*”²⁸.

EL USO DEL TIEMPO LIBRE

Con frecuencia se escucha a algunos hombres maduros, recordar las formas de diversión y entretenimiento que se conocieron y practicaron durante las primeras décadas del siglo, contrastándolas con las que predominan en la actualidad; pero, por lo general, quienes asumen esta actitud suelen pasar por alto un hecho, cuyo sentido es preciso evaluar correctamente: en esta materia, la distancia entre los usos y costumbres de hoy y los que ellos evocan no es mayor ni mucho más significativa que la que media entre éstos y los que caracterizaron a la sociedad tradicional.

La configuración social y económica de la Argentina moderna se asocia, en lo que hace al tiempo libre, tanto a transformaciones de cantidad como de contenido. Por un lado, la sociedad urbana, diversa y compleja, ofrece, en cuanto a la relación trabajo - no trabajo, una amplísima gama

²⁷ J. A. WILDE: op. cit.

²⁸ OCTAVIO BATOLLA: *Anuario Aristocrático*. Buenos Aires, 1900.

Los cambios en el modo de vida

de combinaciones —desde los inmigrantes que tan sólo distraen al trabajo el tiempo mínimo indispensable para reconstituir sus energías, hasta los alegres y despreocupados descendientes de la clase dirigente, dedicados casi exclusivamente al disfrute del ocio—; por otro lado, esa misma sociedad urbana y, en modo especial, las innovaciones técnicas con las que se entrelaza en su desarrollo, modifican sustancialmente las condiciones dentro de las cuales cada grupo utiliza el tiempo libre de que disponen²⁹.

Es cierto que los habitantes de la ciudad seguirán practicando con entusiasmo algunas costumbres de larga data, tales como las tertulias familiares, los paseos al aire libre o las veladas teatrales, pero aun en estos casos, el impacto del cambio se hará sentir modificando, tanto las condiciones generales en que ellas se desenvuelven, como las motivaciones y actitudes de quienes las cultivan.

De todas maneras, no serán estas “actividades tradicionales” —aun admitiendo los cambios—, las que sirven para caracterizar a los “tiempos nuevos”, sino otras, las que se articulan en torno de los espectáculos colectivos, llámense éstos teatro, circo, cine o reuniones deportivas. Es este tipo de espectáculo el que, cada vez en forma más definida, tomará para sí el rol de representar la forma de diversión y esparcimiento predominante en la sociedad moderna.

Hasta la aparición del cinematógrafo, las preferencias de los porteños se volcaban decididamente hacia el teatro:

CONCURRENTES A LOS TEATROS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES 1890-1894

Año	Concurrentes
1890	1.073.747
1891	938.815
1892	1.082.788
1893	1.373.108
1894	1.777.890

FUENTE: “Anuario Estadístico de la ciudad de Buenos Aires”. Buenos Aires, 1895.

²⁹ La importancia de la relación tecnología - uso del tiempo libre, se desprende claramente del siguiente aviso publicado por los diarios en 1899: “Grafófonos - Fonógrafos: El teatro en casa con los nuevos grafófonos que cantan y hablan en alta voz y reproducen los sonidos. Para el que compra un grafófono, el aburrimiento se hace imposible en casa, en el campo, en los baños, pues cuando lo desee podrá oír las mejores óperas, canciones, bandas militares, orquestas, monólogos, etc. Tenemos siempre en depósito un surtido de más de 15.000 cilindros, cantados por los mejores artistas.”

En la misma fuente, puede hallarse un cuadro en el que se discriminan los concurrentes del último año —1894—, según el tipo de espectáculo:

Tipo de espectáculo	Concurrentes
Dramas y comedias	241.242
Dramas y comedias en italiano	58.630
Operas y óperas cómicas	188.720
Operas y óperas cómicas en francés	19.063
Operetas en italiano	30.066
Operetas en francés	11.516
Operetas y zarzuelas	56.714
Zarzuelas por secciones	731.332
Varios	418.253
Dramas criollos	22.354

La lectura de estas cifras le arranca, al cronista del diario *La Nación* encargado de comentarlas, una sugestiva observación: “El gusto del público de la capital —señala—, está decididamente pronunciado por las diversiones ligeras, vacías, por las que si no dañan los sentimientos honestos no producen ningún bien para el espíritu y el espectador sale del teatro sin pensar en ninguna tesis social ni moral”³⁰. Por lo visto, ya en la última década del siglo pasado, la población porteña mostraba una marcada inclinación hacia los espectáculos “de evasión”.

La aparición y difusión del cinematógrafo³¹ marca una nueva etapa en el proceso de transformación de las actividades del tiempo libre; a la vez, a él debe atribuirse, en gran medida, que a lo largo de la primera década del siglo se produjera una auténtica revolución del espectáculo colectivo, una revolución que queda atestiguada por los siguientes datos:

³⁰ Diario LA NACIÓN. Buenos Aires, 3 de junio de 1895.

³¹ En 1900 se inaugura la primera sala cinematográfica, el Salón Nacional, ubicado en el 400 de la calle Maipú y con capacidad para 250 espectadores. Trece años después, el Censo Nacional registra, para la Capital Federal, 148 establecimientos “de recreo y diversión”, en 128 de los cuales se ofrecen espectáculos cinematográficos.

Los cambios en el modo de vida

-CONCURRENTES A TEATROS Y PRINCIPALES LUGARES DE DIVERSION 1905-1913

Año	Concurrentes
1905	2.638.334
1906	3.216.968
1907	4.897.450
1908	6.301.620
1909	8.424.220
1913	11.974.601

FUENTE: 1905 a 1909: A. R. CARTAVIO: op. cit.; 1913: "Tercer Censo Nacional", Buenos Aires, 1914.

CONCURRENTES SEGUN TIPO DE ESPECTACULO EN 1909

Tipo de espectáculo	Concurrentes
Operas y operetas	959.090
Zarzuelas	1.155.810
Comedias y dramas en español	750.836
Comedias y dramas en italiano	605.715
Comedias y dramas en francés	327.628
Comedias y dramas nacionales	468.830
Acróbatas	374.290
Atracciones varias	1.169.151
Cinematógrafos	2.430.870

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

Muy pronto, al lado del cine y del teatro, compitiendo por la atracción de multitudes entusiastas, harán su aparición los espectáculos deportivos. En 1893 queda constituida la Argentine Football Association League, institución que ese mismo año organiza el primer campeonato de la especialidad iniciando, de esta manera, la historia del que terminaría por convertirse en uno de los fenómenos más relevantes de la vida de la ciudad. Algo similar ocurre con las reuniones hípicas, que si bien cuentan con una tradición que se remonta más allá del ochenta, serán

protagonistas de una expansión espectacular durante los primeros años del siglo, en que triplican el número de asistentes y cuadruplican el monto de lo apostado:

REUNIONES HIPICAS DESDE 1900 A 1909

Año	Concurrentes	Monto de lo jugado
1900	223.600	17.643.492
1901	210.300	17.114.628
1902	184.900	17.183.152
1903	277.100	24.681.018
1904	321.700	27.474.626
1905	438.100	36.327.092
1906	519.000	47.218.602
1907	606.500	58.840.261
1908	606.128	59.649.496
1909	693.980	71.812.583

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

LA CLASE DIRIGENTE: VANGUARDIA DE LA MODERNIZACIÓN

Todo este proceso de modernización que hemos intentado describir en un apresurado resumen de sus rasgos más destacados encuentra, en la clase dirigente, su núcleo pionero. Ganaderos, grandes comerciantes, banqueros, abogados, promotores y comisionistas, sus esposas y sus hijos, son los primeros en trasponer la frontera de las "antiguas costumbres" sumergiéndose, con la confianza que les otorgaba el enriquecimiento fácil, en una renovada ráfaga de europeísmo³². Pero lo que les atrae no es ya la Europa productora de ideas que encandilara a los círculos intelectuales desde los tiempos de la colonia y que le hiciera exclamar a J. M. Gutiérrez en la cúspide del entusiasmo ilustrado: "Para un americano y particularmente para aquél que ama y busca la ciencia, no hay mejor felicidad que la de poder verificar un viejecito a la fuente de toda luz y de toda verdad de este siglo"; lo que ahora interesa es la Europa sede y emporio de la mo-

³² GUSTAVO BEYHAUT: *Raíces contemporáneas de América Latina*. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

Los cambios en el modo de vida

dernidad, París o Londres como deslumbrantes y desprejuiciadas, elegantes y frívolas metrópolis en las que se forjan, se difunden y se abandonan, los gustos, las modas, las costumbres. Al empezar el nuevo siglo, los miembros de la élite, convertidos en “seres mundanos”, en “viajeros contumaces”, se preocupan menos por la búsqueda de consignas ideológicas que por el hallazgo de símbolos de “status”, de instrumentos de autoidentificación y de diferenciación social.

El viaje a Europa se convierte en un acontecimiento rutinario, la feliz e imprescindible peregrinación a la fuente de todo lo que socialmente debe ser tenido en cuenta; allí se va por negocios, a estudiar, a divertirse o a curar la salud quebrantada: “Un día del año 1889 —recuerda Adolfo Bioy—, se embarcaron para Europa mis padres, con mi hermana Marcelina de diecisiete años y Augusto, el benjamín de la familia, de tres. Los llevaban diversos motivos; desde luego, visitar la exposición universal de París, que atrajo a medio Buenos Aires, traer a mis hermanos, Juan Bautista y Pedro Antonio, que estaban en un liceo de Francia desde 1885, y hacer una cura en Eaux-Bonnes, conveniente para los bronquios de mi padre”³³.

Pero si es cierto que la élite se constituyó en la avanzada de la transformación del modo de vida, si entre sus filas se reclutaron los grupos que más velozmente adoptaron los patrones de comportamiento y de consumo que ofrecían como modelo las sociedades más avanzadas; también lo es que las particularidades del desarrollo argentino hicieron que este proceso no quedara circunscripto al estrecho ámbito de la clase dirigente y sus acólitos. Por un lado, la expansión urbana y el crecimiento económico que acompañaron a la modernización, se asocian a un alto grado de movilidad social; por otro lado, los sectores que lograban concretar sus aspiraciones de ascenso merced a un enriquecimiento más o menos rápido, lo primero que hacían para consolidar su nuevo “status”, era adoptar aquellos patrones de consumo y de comportamiento. De esta manera, por vía de la movilidad social y en estrecha vinculación con el desarrollo tecnológico, las pautas de la modernización se difunden por casi todo el cuerpo social otorgándole, al proceso de cambio, una dimensión cuyos efectos condicionarán, por largos años, la vida del país.

³³ ADOLFO BIOY: *Antes del Novecientos*. Buenos Aires, 1958.